

Es muy posible que el lector no esté de acuerdo con el largo discurso contenido en las páginas del libro de Hubeñák. El autor no sufra por ello. En definitiva, este tipo de tesis tampoco suelen pretender una imagen cultural de alta definición, incontrovertible como las afirmaciones matemáticas. Pero cualquier lector tendrá que admitir el esfuerzo hecho para localizar una bibliografía cuantiosa; anotará este libro por la erudición exuberante que campea desde sus primeras páginas hasta el mismo final. Agradecerá sobre todo la hermosura que proporciona este ejemplo de unidad: única es la ciencia y única la sabiduría, aun cuando sean muchos los científicos e innumerables los reverberos de la sabiduría. El que desde allende los mares se vuelvan los ojos a la vieja Grecia y se tome en consideración el paradigma inmarcesible de Roma la Eterna, indica la presencia en los cuatro ángulos del globo de un interés soberano y común que rodea la tierra. El Prof. Hubeñák es testigo de ese interés: merece por eso una felicitación.

E. de la Lama

José Luis ILLANES MAESTRE, *Iglesia en la Historia. Estudios sobre el pensamiento de Juan Pablo II*, Prólogo de Mons. Agustín García Gascó, EDICEP (colección «Las ideas y la vida» 10), Valencia 1997, 273 p.

José Luis ILLANES MAESTRE, *Historia y sentido. Estudios de Teología de la historia*, Eds. Rialp, Madrid 1997, 351 p.

El Dr. José Luis Illanes, Profesor ordinario de Teología espiritual y Vicedecano de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, ha puesto especial interés, en su amplia producción científica, en el estudio de las relaciones Iglesia-mundo, en la teología de las realidades terrenas y en la consideración teológica de la condición laical. Sus investigaciones le han llevado a afrontar el tema de la historia humana, nudo de confluencia de la libertad del hombre y de la acción de Dios. Ese Dios trascendente y, a la vez, inmerso en el ámbito tem-

poral, por la encarnación del Dios-Hijo, Jesucristo, que realiza en un momento concreto de la historia la Redención del hombre y lega a la Iglesia la misión de prolongarla hasta la *Parusía*, final de los tiempos.

Estas dos obras que presento reúnen y actualizan diversos trabajos del autor en torno a esa temática. En el primero de ellos: *Iglesia en la Historia. Estudios sobre el pensamiento de Juan Pablo II*, el autor indaga en el itinerario intelectual y magisterial de Juan Pablo II, desde sus primeros escritos científicos como Karol Woytila, hasta las grandes encíclicas teológico-dogmáticas y sociales del pontificado (*Redemptor hominis*, *Veritatis splendor*, *Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis*, *Centesimus annus* y *Evangelium vitae*).

El análisis teológico que realiza el autor pone de relieve la continuidad del magisterio y del talante intelectual de Juan Pablo II, que incorpora a la tarea de Pastor de la Iglesia universal el bagaje que sus trabajos como profesor de ética y de teología le habían proporcionado; una gran capacidad de análisis del hombre y de sus comportamientos, heredada de la fenomenología, unida a una profunda penetración en la Palabra de Dios de la mano de Agustín y del Aquinate, potenciada, a la vez, por los vuelos de la mejor mística del siglo XVI.

En Karol Woytila y también en Juan Pablo II hay siempre ese doble punto de referencia: Dios, ante todo, pero inseparablemente, el hombre desplegado en la historia a la que la Iglesia está enviada para anunciar al Dios revelado en Cristo. Y al afrontar la encrucijada actual de esa historia de la humanidad, Juan Pablo II percibe la carencia antropológica de nuestra cultura y, por consiguiente, la necesidad de una honda reafirmación de la verdad del hombre —de su dignidad y de su valor—.

La afirmación de la dignidad del hombre, centro del cosmos, sólo es posible a la luz del Dios amor que se manifiesta en la Redención: el antropocentrismo cosmológico exige un teocentrismo antropológico (*Redemptor hominis*).

Esa dignidad le hace ser no sólo sujeto, sino fin del trabajo mismo y en ello radica el planteamiento válido de una estructura productiva que salga del economicismo (*Laborem exercens*). La realidad social de nuestra era presenta unas «estructuras de pecado», situaciones de injusticia que pueden sanarse sólo por la conversión de los espíritus que haga posible un empeño perseverante y decidido para servir al hombre (*Sollicitudo rei socialis, Centesimus annus*). La afirmación de la verdad del hombre dotará de sentido al actuar político y social y hará que la creatividad característica de nuestra sociedad contemporánea se ejerza real y verdaderamente en servicio de cada hombre y, por tanto, de la humanidad. Desde esa misma perspectiva se sitúa el «no» decidido de Juan Pablo II al capitalismo como ideología, paralelo al «no» pronunciado al colectivismo, un «no» que es un «sí» valiente a la economía y a la ciencia económica para que contribuyan eficazmente al bien del hombre y de la sociedad (*Centesimus annus*).

La actual encrucijada de nuestra cultura presenta otras carencias que inciden en lo más íntimo de la conciencia. Entre ellas, las actitudes de escepticismo, el nihilismo que atrofia la capacidad de realización de la persona. La vía de salida es una recuperación de la reflexión ético-moral, capaz de proclamar el compromiso moral como expresión de la dignidad del hombre (*Veritatis splendor*). Por último, la llamada «cultura de la muerte», que se expresa en el dilatarse de la violencia, en el aborto y en la eutanasia; frente a ellos se dirige, al servicio del hombre, la proclamación del «evangelio de la vida», del valor de la vida que encuentra sentido en una antropología que mire no sólo a su origen en Dios, sino también a su destino final de comunión con Dios por el conocimiento y el amor. La historia no es el mero sucederse de acontecimientos sin substancia y sin sujeto; es el desplegarse de una vida que, incoada en el tiempo, se realizará por entero en la eternidad (*Evangelium vitae*).

Como destaca Illanes, a lo largo del magisterio de Juan Pablo II aparece siempre la ac-

ción de la Iglesia en la historia de la humanidad, que acompaña los caminos del hombre iluminándolos con la Palabra que le ha sido transmitida.

En *Historia y sentido. Estudios de Teología de la historia* se reúnen diversos trabajos del autor (publicados desde 1959 a nuestros días, uno de ellos aún en prensa) que responden a sus reflexiones sobre la historia. Como el mismo autor explica la agrupación ha seguido un orden sistemático en cuatro apartados.

En el primero —«La historia como problema»— plantea la pregunta más radical sobre el acontecer histórico ¿hacia dónde se encamina? Es una pregunta sobre el sentido, el por qué, y aún más, el para qué de las cosas y de los acontecimientos que vivimos en el tiempo. En torno a esta cuestión aparecen en el horizonte la respuesta nihilista, según la cual, la historia camina a la nada, al vacío; la respuesta que la contempla encaminada al repetirse de los eternos ciclos iguales que se suceden en el tiempo; y la que apunta a una meta que da sentido a cuanto le antecede. El autor reflexiona a la luz de la fe y de la revelación que la sostiene. Confronta su reflexión con teólogos del ayer y de hoy y se adentra en la historia concebida como *historia salutis*. En esa historia aparece Cristo como centro de la historia y la radical actitud existencial cristiana de la esperanza que Illanes deslinda bien de la utopía.

Interrogarse sobre el acontecer histórico lleva a dirigir la mirada sobre el presente visto en sus dimensiones radicales y en los antecedentes que lo prepararon. Es el análisis histórico-cultural de nuestro tiempo. En torno a esta temática se sitúan los estudios de la segunda parte, «humanismo y época moderna». El humanismo, apuntado por la cultura greco-romana, fue una conquista radical del pensamiento cristiano y ha pasado a ser valencia de la cultura occidental. En nuestros días aparece el drama del humanismo ateo, amenazador de la persona, y de la increencia como realidad social: una reflexión teológica se impone para recuperar la confianza en el hombre.

La historia requiere no sólo ser intelectualmente comprendida e interpretada; ha de ser también vivida. Toda teología de la historia desemboca en una espiritualidad de la acción. A ello dedica Illanes el tercer apartado titulado «En el interior de la historia». En el tiempo, el hombre está llamado a actuar en el mundo concreto que le ha correspondido vivir. Illanes presenta así el horizonte histórico como tarea que el hombre ha de protagonizar, optando en una doble encrucijada, por el bien o por el mal. Ese reto histórico de la ordenación de lo temporal es recogido también en el cuarto apartado: «Liberación y plenitud en la historia», que afronta el autor en diálogo con el pensamiento maritainiano y con la teología latinoamericana de liberación.

Son reflexiones complementarias que pueden iluminar a historiadores y teólogos que se enfrentan a la tarea de reflexionar por las dimensiones de la propia cultura y conducir a buen puerto la sociedad en que viven. Al final de estas dos eruditas y sugerentes publicaciones, que resumen una trayectoria de muchos años de investigación y docencia teológicas, se recogen las relaciones bibliográficas de los trabajos reunidos en cada una de ellas.

E. Luque Alcaide

Arturo LLIN CHÁFER, *Arzobispos y obispos de Valencia*, Ed. Iglesia en misión, Valencia 1996, 273 p.

Este volumen recoge un completo y documentado elenco de los obispos que, a lo largo de la historia, han regido la diócesis de Valencia. Consta de seis partes, que siguen a una introducción.

La primera parte contiene una presentación de las piadosas leyendas acerca de los orígenes del cristianismo en Valencia. La segunda parte incluye la serie de los obispos de las antiguas diócesis de Valentia, Saetabis (Xàtiva) y Dianum (Dénia); el primero de quien se tiene noticia histórica es Justiniano (527-548). Llin Cháfer opta por calificar a Eutropio (finales del siglo

VI) como santo, aunque ésta es una cuestión aún pendiente de confirmar definitivamente.

La tercera parte se centra en la época mozárabe, de la que no consta noticia de los nombres de los obispos que, según Llin Cháfer, debieron de regir en la comunidad cristiana de esa ciudad bajo la dominación musulmana. Sólo se conoce el nombre del obispo Jerónimo de Perigord, del tiempo de la ocupación cristiana bajo las tropas del Cid campeador.

La cuarta parte incluye los datos biográficos de los obispos posteriores a la reconquista por parte del rey catalano-aragonés, Jaime I; el primer obispo encargado de la evangelización de estas tierras fue Ferrer de Pallarés (1240-1243). Esta cuarta parte termina con Alfonso de Borja, papa Calixto III (1429-1458).

La quinta parte abarca a los obispos valencianos, a partir de que la sede valentina fuera erigida como archidiócesis. El primer arzobispo metropolitano fue Rodrigo de Borja, papa Alejandro VI (1458-1492), y el último es el actual, Agustín García-Gasco, desde 1992.

La sexta parte se reserva a los obispos auxiliares, desde Ramón de Pachs (siglo XIV) hasta los actualmente nombrados.

De cada obispo se expone una breve y densa biografía que destaca los acontecimientos más relevantes de sus mandatos. Se omiten los temas conflictivos y así se ofrece una imagen positiva, casi elogiosa, de cada uno de ellos. Se echa de menos que la actuación de los obispos no se enmarque en el contexto de la sociedad valenciana, pues sólo se presenta en su vertiente eclesial y, en todo caso, benéfico-caritativa. Para completar la exposición biográfica, se añade una efigie de cada obispo: o bien un cuadro, o bien una fotografía cuando se trata de los obispos más recientes.

Se trata, por tanto, de un libro interesante y de carácter introductorio que puede resultar útil para ampliar la cultura general del clero y del pueblo valenciano acerca de la historia de su diócesis.

A. Viciano